**ESCRITOR:** Orhan Pamuk

**PAÍS:** Turquía

Nació en el seno de una familia acomodada (su padre era ingeniero), residente en el occidentalizado barrio de Nişantaşı de Estambul, similar a los que describe en algunas de sus novelas. Cursó la secundaria en el norteamericano Robert College de su ciudad natal y después comenzó a estudiar arquitectura, pero tres años más tarde abandona la carrera para dedicarse a la literatura a tiempo completo. En 1977 se graduó en el Instituto de periodismo de la Universidad de Estambul, aunque nunca ejerció la profesión. Entre 1985 y 1988 residió en Nueva York y trabajó como profesor visitante en la Universidad de Columbia mientras su esposa, la historiadora Aylin Türegün, estudiaba allí mismo. Posteriormente regresó a Estambul. Pamuk es musulmán cultural. El matrimonio con Türegün se extendió desde 1982 hasta 2001; en 1991 nació su hija, Rüya.

Sobre su vocación ha dicho: "Me acuerdo perfectamente del momento en que quise ser escritor. Fue una tarde de marzo o abril, en la primavera de 1973. Agarré un papel y un bolígrafo y me puse a escribir. Así fue. Recuerdo haber leído El extranjero, de Camus, y a pesar de que no influyó en mi escritura pensé que me iba a ayudar a ser escritor".​ Y sobre el momento en que abandonó arquitectura: "Yo tendría 23 años y le dije a mi familia y a mis amigos que no iba a ser el arquitecto o pintor que todos ellos querían, sino un novelista. Todos me dijeron que no lo hiciera, que yo no tenía ni idea de la vida. Creo que pensaban que iba a escribir una sola novela. Pero les dije que existían Borges y Kafka, y que ellos tampoco tenían ni idea de la vida... Las novelas, me parece, son una forma inédita de ver la vida. Solo ahora, después de todo este tiempo, confieso que cuando mi familia me dijo que yo no sabía nada de la vida, tenían razón. En ese momento no sabía nada".1

Aunque su carrera como escritor se inició a finales de los años 70, y su primera novela se publicó en 1982, su obra comenzó a tener repercusión internacional con la novela El astrólogo y el sultán (Beyaz Kale, 1985), alabada por el estadounidense John Updike, y alcanzó su consagración definitiva con Me llamo Rojo (Benim Adım Kırmızı, 1998), una novela que combina la narración de misterio, la historia de amor y la reflexión filosófica, ambientada en el Estambul del siglo XVI, bajo el reinado del sultán Murad III.

Pamuk fue llevado a juicio en diciembre de 2004 por «insultar y debilitar la identidad turca» (artículo 301 del código penal), en una entrevista a un periódico suizo en la que pronunció la siguiente frase: «En Turquía mataron a un millón de armenios y a 30 000 kurdos. Nadie habla de ello y a mí me odian por hacerlo». La primera sentencia le impuso una condena condicional de seis meses, durante los cuales debía abstenerse de cometer delitos para poder mantener su libertad. Se reafirmó en sus palabras en octubre de 2005.​ En enero de 2006 un tribunal abandonó el proceso judicial.

**La posición cívica de Pamuk ante los derechos humanos, particularmente ante los problemas armenio y kurdo en Turquía, lo han convertido en un personaje que genera polémica en su patria, y mientras allí unos lo admiran otros lo consideran un traidor.** El gobierno turco se ha negado a admitir que cometió un genocidio contra los armenios en 1915. La campaña de odio desatada en su contra en Turquía después de aquella entrevista lo obligó a abandonar el país por un tiempo. Ya antes, en 1995, estuvo entre el grupo de escritores juzgados por sus ensayos en los que criticaban al gobierno por su política con los kurdos.

Tras el asesinato del periodista turco-armenio Hrant Dink, ocurrido en enero de 2007, y las amenazas de muerte que recibió, Pamuk abandonó nuevamente su patria. Algunos medios turcos, como el diario Aksam, le acusaron de haber utilizado el asesinato de Dink como un pretexto para ir a Estados Unidos a ganar dinero dando conferencias en la Universidad de Columbia. Las acusaciones fueron negadas por Fatih Altayli, director del diario Sabah, calificándolas de "chisme". Pamuk regresó a su ciudad natal en abril de ese mismo año para escribir su siguiente novela, Masumiyet Muzesi (Museo de la inocencia).

En una entrevista concedida al semanario alemán Der Spiegel, al inicio de una gira de lecturas de su obra por Alemania, menciona que tras la muerte de Dink, muchos intelectuales cayeron en una depresión profunda y que para él personalmente fue un choque terrible. Por eso prefirió distanciarse de los hechos, concurriendo a las cátedras en la Universidad de Columbia de Nueva York. La cancelación repentina de lecturas de su obra en Alemania en febrero de 2007 se debió a que, por lo reciente de los hechos, se le iba a estar cuestionando constantemente; además, las amenazas de muerte les otorgaría una relevancia que él no pensaba darles. Aseguró que aquella cancelación no se debió a que dudara de la eficacia de los cuerpos policiacos alemanes para prevenir los posibles ataques de grupos islamistas residentes en Alemania.

Sus estancias académicas en Estados Unidos han sido siempre productivas. Allí concluyó su más reciente novela (El museo de la inocencia) y en 1990 El libro negro, su primer éxito internacional. Por otro lado, aunque han existido amenazas de muerte de turcos fundamentalistas, Pamuk considera que nada ni nadie lo obligará al exilio.

**El 12 de octubre de 2006 Pamuk ganó el Premio Nobel de Literatura** como un escritor que, «en búsqueda del alma melancólica de su ciudad natal, ha encontrado nuevos símbolos para reflejar el choque y la interconexión de las culturas», según dice el veredicto de la Academia Sueca.​ Es el primer turco que recibe este galardón. Sus obras han sido traducidas a más de 40 idiomas.

El 28 de abril de 2012 abre sus puertas en Estambul el Museo de la Inocencia basado en su novela homónima (El museo de la inocencia, Mondadori, 2009) en el barrio de Cihangir, en Beyoglu.7​

**SELECCIÓN DE CUENTOS:**

**1.- “Las islas”**

**TEXTO:**

Una semana después de nacer me llevaron a las islas a pasar el verano de 1952. Mi abuela tenía una casa de dos pisos bastante grande en Heybeli, al lado del bosque, cerca del mar y en medio de un gran jardín. Un año más tarde, en el balcón de esa misma casa, grande como un porche, me hicieron mi primera fotografía andando. En la primavera de 2002, cuando escribí esto, alquilé una casa también en Heybeli, cerca de la de mi infancia. En estos cincuenta años he pasado muchos veranos en las islas de Estambul, en Burgaz, Büyükada y Sedefadasi, y en ellas he escrito bastantes novelas. En la casa de Heybeli había un rincón en el que cada año se marcaba lo que habíamos crecido nuestros primos y nosotros. A pesar de que la vendimos a causa de peleas familiares, cuestiones de herencias y bancarrotas, todavía voy de vez en cuando a mirar esas marcas fascinantes de la pared que muestran mi crecimiento dedo a dedo a lo largo de los años.

El verano en Estambul comienza para mí con la mudanza a las islas. Para ello es necesario que se hayan terminado las clases y que el tiempo sea lo suficientemente cálido como para poder bañarse en el mar, o sea, cuando el precio de fresas y cerezas ha bajado bastante. Cuando era niño los preparativos previos a la marcha a las islas duraban mucho más que ahora. Como en la casa de verano no había nevera y un frigorífico era un carísimo lujo occidental, la abuela descongelaba el de su casa y hacía que los porteadores que llamaba a casa lo envolvieran en tela de saco y lo bajaran con poleas; la loza se envolvía en papel de periódico; se le ponía naftalina a las alfombras y se enrollaban; y, entre el continuo bullicio de lavadoras, aspiradoras, discusiones y faena, se clavaban periódicos con chinchetas en las ventanas de la casa de invierno para que tapicerías, sillones y cortinas no perdieran el color con el sol. Por fin, cuando nos subíamos apurados a uno de los vapores de las líneas urbanas, que éramos capaces de diferenciar por su forma, me poseía la emoción. Me daba la impresión de que aquel viaje de hora y media a principios de verano no terminaría nunca. Aspirando la frescura y el olor a mar y primavera, mi hermano y yo dábamos un par de vueltas arriba y abajo por el barco, presionábamos a mi abuela o a mi madre para que le compraran al vendedor de camisa blanca que paseaba con la bandeja en la mano una gaseosa para cada uno, bajábamos para charlar con el cocinero, que vigilaba la nevera, las maletas y los baúles junto a las amarras, y seguíamos con todo interés y observando cada detalle cómo el barco se aproximaba a las islas previas de Kinali y Burgaz, cómo ataban las amarras y cómo lo acercaban al muelle. (Cada ciudad tiene sus propios sonidos que es imposible escuchar en cualquier otro sitio y que los que viven en ella conocen perfectamente y comparten como un secreto: de la misma forma que París tiene el silbato del metro, Roma los aullidos de las motocicletas y Nueva York su extraño estruendo, Estambul tiene desde hace sesenta años el mismo sonido metálico de la pasarela de madera con ruedas de hierro siendo arrastrada al vapor que se acerca y la ciudad entera reconoce ese incomparable ruido.) Por fin, cuando el vapor se arrimaba al muelle de Heybeli y era amarrado, mi hermano y yo, sin hacer el menor caso a los gritos de nuestra madre y nuestra abuela de “¡Quietos, os vais a caer!”, echábamos a correr felices hacia la isla.

No fue hasta mediados del siglo XIX cuando los más adinerados de Estambul y la clase media alta comenzaron a usar las islas como lugares de excursión y veraneo. Hasta finales del XVIII sólo algunas barcas de remos para el comercio hacían el viaje a las islas y llevaba cerca de medio día llegar desde el puerto de Tophane. Antes de eso las islas eran el destino al que los bizantinos desterraban a los políticos y emperadores caídos, espacios vacíos que servían de prisión cubiertos de monasterios, monjes, huertos y pequeñas aldeas de pescadores. A partir de principios del siglo XIX comenzaron a convertirse en el lugar donde pasaban el verano los cristianos de Estambul, los levantinos y diversos miembros de embajadas extranjeras. El que en 1894 se establecieran viajes diarios durante el verano de manera regular con los barcos de vapor ingleses que habían sido traídos a Estambul, redujo la travesía de la ciudad a Büyükada a hora y media o dos horas. Aquel viaje en barca de medio día al destierro en el que morirían y serían olvidados, que en tiempos hacían una vez en la vida para no regresar nunca más los emperadores, príncipes y emperatrices bizantinos derribados del poder y los políticos que habían sido derrotados en la lucha por el trono, a quienes habían cegado con un hierro candente, a partir de los cincuenta, gracias a las travesías ‘express’, fue heredado por la multitud de estambulíes adinerados que cada tarde regresaban en cuarenta y cinco minutos de la ciudad a las islas. En los sesenta y los setenta, cuando los grandes ricos de Estambul todavía no habían descubierto el sur, Antalia y Bodrum, en las tardes de verano era tan difícil encontrar un sitio para sentarse en los ‘express’ que salían de Karaköy que una hora antes de que zarpara, los potentados enviaban a alguien, a un propio, para que ocupara el lugar en el que preferían sentarse y cuando el señorito llegaba al barco a su hora, el propio dejaba su sitio al patrón y se bajaba del barco. Como los varones ricos y adultos de Estambul, fueran judíos, cristianos o musulmanes, no tenían costumbres como la de leer, para divertir a esa masa de hombres que volvían del trabajo intentando matar el tiempo fumando, observando el mar y mirándose unos a otros, una serie de emprendedores particulares comenzaron a organizar por aquellos años juegos y rifas. Recuerdo cómo mi tío llegó sonriendo una noche a nuestra casa de Heybeli con una enorme langosta que había ganado en uno de aquellos sorteos en los que los premios consistían en símbolos de lujo inencontrables en el país, como grandes piñas tropicales o botellas de whisky.

A partir de principios de los ochenta, cuando el mar de Mármara empezó a contaminarse, las islas dejaron lentamente de ser el lugar donde los ricos de Estambul se arrimaban unos a otros por conciencia de clase, donde por las noches se lucía la ropa traída de Europa, donde no se avergonzaban de demostrar su poderío económico. Una tarde del verano de 1958 fuimos con nuestros padres a una recepción a la orilla del mar en un suntuoso yate que nos llevó de Heybeli a Büyükada. Recuerdo ver hermosas mujeres en bañador que se bronceaban en la orilla del mar untándose cremas, hombres ricos que bromeaban a voces y camareros de camisas blancas que les ofrecían a todos ellos bandejas de canapés y bebidas. Como en Heybeli, a causa de la Academia Naval, había multitud de militares y funcionarios, a mí siempre me resultaba más rica Büyükada, y los quesos de importación y las bebidas alcohólicas de contrabando que veía en las tiendas y el sonido de música y diversión procedente del Gran Club se unían en mi imaginación con la idea de que allí estaban “los ricos de verdad”. Eran los años de niñez en que prestaba muchísima atención, entre avergonzado y ambicioso, a las diferencias de caballos entre los motores adosados a la popa de las lanchas rápidas, entre el caballero que se instalaba cómodamente en su coche de caballos en cuanto bajaba del vapor y los que iban andando, entre las mujeres que bajaban a la compra y las señoras que enviaban a otras a que se la hicieran.

Otra cosa que diferencia a las islas de Estambul proporcionándoles un ambiente completamente distinto, más que las ricas mansiones, la belleza de sus jardines, el hecho de que sean un lugar de vacaciones, las palmeras y los limoneros, son los coches de caballos. De niño me ponía muy contento cuando me dejaban subir al pescante desde donde el cochero gobernaba los caballos; en casa jugaba en el jardín a los coches de caballos imitando el ruido de los cascabeles y las herraduras y los movimientos del cochero. Cuarenta años después volví a jugar en las islas a lo mismo con mi hija. La condición indispensable para que te gusten esos faetones que todavía viven con toda naturalidad, no por ser una atracción turística sino porque son prácticos, baratos y silenciosos, es que no te incomode el denso olor a bosta de caballo que envuelve mercados, calles atestadas y paradas; al contrario, que te guste tanto como para buscarlo y cuando, durante el paseo, el cansado caballo (a veces despiadadamente azotado) levanta de repente con elegancia su tupida cola y comienza a vaciar en la calle su caliente y húmeda carga, contemplar el suceso sonriendo y con una curiosidad infantil.

Hasta principios del siglo XIX, las islas en invierno era donde vivían sacerdotes, seminaristas y pescadores rumíes. Cuando se instalaron en ellas algunos rusos blancos emigrados a Estambul tras la revolución de 1917, se abrieron en aquellas aldeas, cada vez más grandes, lujosos restaurantes y cabarets. La creación de la Academia Naval en Heybeli, la apertura de sanatorios para tuberculosos, el que en el último siglo se asentaran comunitariamente los judíos en Büyükada y los armenios en Kinali y el que en verano emigrara a las islas la población necesaria para alimentar a los veraneantes, provocó que se masificaran bastante, pero no las cambió. El hecho de que el gran terremoto de 1999 en Izmit se sintiera en las islas con fuerza y el que se sepa con certeza que el esperado gran terremoto de Estambul las golpeará mucho más de cerca están volviendo a dejarlas desiertas.

En otoño, cuando empiezan las clases en los colegios y termina la temporada, me gusta soñar que pasaré el invierno en las islas para sentir los anocheceres tempranos y la amargura de la llegada del otoño en los jardines vacíos. El año pasado, en uno de esos días de otoño, estuve paseando por los jardines y los porches desiertos de Heybeli y recordé mi infancia mientras comía higos y uvas que las familias que habían regresado a Estambul no habían podido recoger. Era una triste alegría entrar en los vacíos jardines de familias a las que conocíamos de lejos sin tener nunca la oportunidad de intimar con ellas, subir por sus escaleras, balancearse en sus columpios y ver el mundo desde sus porches. Después de aquel paseo, tan parecido a los que hacía en mi niñez saltando muros, llegué a la casa de Ismet Bajá, en la que sólo había podido entrar una vez. La casa, de la que recordaba vagamente haberla visitado con mi padre hacía cuarenta y cinco años y que el antiguo presidente de la República me había sentado sobre sus rodillas y me había dado un beso, ahora tiene las paredes decoradas con fotografías de la vida del Bajá como político, hombre de Estado y veraneante, bañándose en el mar con un bañador negro con un único tirante. Lo que me produjo un escalofrío fue el vacío y el silencio profundos que envolvían la casa, como a toda la isla. Un olor indefinido a moho, polvo y pino en los baños, en los lavabos, en los detalles de la cocina, en el pozo, en la cisterna, en la tarima de los suelos, en los viejos armarios, en las molduras de las ventanas y en muchos otros detalles me recordó la casa familiar que ya no era nuestra.

Las cigüeñas que, procedentes del noroeste, bajan desde los Balcanes a finales de agosto y principios de septiembre para pasar el invierno en el sur, vuelan siempre en bandadas sobre las islas. Ahora también, como en mi infancia, salgo al jardín cuando pasan las cigüeñas y contemplo admirado el decidido y misterioso viaje de las “peregrinas”, el rumor de cuyas alas puede oírse en el silencio. De pequeño regresábamos tristes a Estambul dos semanas después del paso de la última bandada de cigüeñas. Una vez en casa, leyendo las noticias de hacía tres meses de los periódicos colgados de las ventanas, amarillentos por el sol del verano, notaba fascinado lo lento que pasaba el tiempo.

**ESCRITOR:** Yaşar Kemal

**PAÍS:** Turquía

Yaşar Kemal (pseudónimo de Kemal Sadık Gökçeli; Gökçedam (Hemite), Adana (hoy provincia de Osmaniye), 6 de octubre de 1923 - Estambul, 28 de febrero de 2015) fue un escritor turco. Ejerció también de periodista y reportero. En 1972 fue el primer turco propuesto para el premio Nobel de literatura.

Nacido en 1923 en Hemite, una aldea en la provincia de Adana, al sur de Turquía, Yaşar Kemal es una renombrada figura de la literatura contemporánea de su país. Procedente de una familia de origen kurdo, a la edad de cinco años estuvo presente en el asesinato de su padre por parte de un hijo adoptivo, lo que provocó en él una tartamudez hasta los doce años. Destaca por su estilo irónico desde su época como periodista en el diario Cumhuriyet. Uno de sus personajes más conocidos es Memed, El flaco, bandido mítico y legendario de su obra «El Halcón» (1955), una defensa de las clases más desfavorecidas en clave poética que aglomera las tradiciones orales de Asia Menor. Estuvo en prisión por sus ideas comunistas y su defensa de la minoría kurda. 2​3​

Su primer libro de cuentos Sarı Sıcak («Calor Amarillo») se publicó en 1952. Se hizo célebre con la publicación de Ince Memed («Memed, El Halcón») en 1955. Kemal es célebre por su lenguaje ordenado y sencillo y la descripción lírica de la vida bucólica de la Anatolia turca.

Junto a Orhan Pamuk fue, probablemente, el escritor turco más famoso de su época. Fue, asimismo, un eterno aspirante al Premio Nobel de Literatura.

**SELECCIÓN DE CUENTOS:**

**1.- “Calor amarillo”**

**TEXTO:**

—Mamá, mamá, mañana por la mañana despiértame antes de que amanezca —dijo el niño.

—¿Y si no te despiertas?

—Si no me despierto, clávame una aguja. Tírame de los pelos. Pégame.

En la pálida cara de la menuda mujer, sus vivarachos ojos negros relucieron alegres un instante.

—¿Y si sigues sin despertarte?

—Pues me matas.

La mujer lo cogió en brazos y lo estrechó contra su pecho:

—¡Alma mía! —exclamó.

—Si no me despierto... —el niño se quedó pensativo y añadió— ponme guindilla en la boca.

Su madre, con los ojos húmedos, lo besó y lo estrechó de nuevo tiernamente contra su pecho.

El niño vuelve a repetir:

—¡Oye, si no me despierto, me pones guindilla en la boca, eh!...

—¡Alma mía!

—Que la guindilla sea muy picante.

Se pone caprichoso, patalea y grita sin parar:

—Guindilla picante, pimienta roja... Que me abrase la boca... Un fuego... Que me despierte rápido... Enseguida...

Se suelta de la mano de su madre, sube a toda velocidad al chamizo y se mete en la cama.

Una noche sofocante de verano... En el cielo, unas pocas estrellas apagadas y una luna redonda y enorme... La cama huele a sudor ácido.

No para de dar vueltas a un lado y a otro. Luego toma una decisión: "Me quedaré despierto hasta mañana". Está contento. Por la mañana, en cuanto su madre diga "Osmán", se levantará y se arrojará en sus brazos. ¡Vaya sorpresa se llevará su madre!, se dice brincando de alegría en la cama. Pero la alegría se le pasa rápido, y el miedo se le cuela dentro: "Y si me duermo". No para de repetirse: "No me duermo, que no. ¿Porqué voy a dormirme? ¿Por qué hay que dormir?"

Al poco, su madre se acerca a la cama y se acuesta a su lado. Lo acaricia y le dice:

—Hijo, ¿estás dormido?

Osmán se queda callado como un muerto. Su madre lo abraza y lo besa. Por el corazón de Osmán fluye algo cálido parecido a las lágrimas, a la ternura, al amor y a la amistad. Está esperando la mañana. Qué sorpresa va a llevarse su madre. Cómo va a quedarse cuando se despierte por la mañana temprano.

La madre ya se ha dormido. Osmán no para de dar vueltas en la cama. Se le cierran los ojos, pero no se abandona tan fácilmente.

Se incorpora y contempla la cara de su madre, que respira profundamente. Su cara resplandece muy blanca a la luz de la luna. Sus hermosas trenzas ahora parecen más negras. Largas trenzas enroscadas sobre la blancura de la almohada. Las trenzas brillan. Se queda largo rato contemplando su blanquísimo rostro y sus cabellos. Luego se le venció la cabeza, que cayó sobre la almohada.

A media noche, la luna ya estaba muy alta, y había tanta claridad que parecía de día. Bajo el chamizo se escucha el rechinar de los dientes de la vaca, que está rumiando echada en el suelo. El sueño aprieta fuerte. Está a punto de dormirse. Aprieta los dientes. Se muerde los brazos. Haga lo que haga, el sueño lo envuelve como el agua de una crecida. Se enfada, luego sonríe. Se enfada, sonríe. Por la mañana se arrojará en brazos de su madre, abrazará a su madre...

La luna desciende hacia la llanura que se abre al oeste, como si tocase la tierra. Dentro de poco, se teñirá de rojo y se ocultará.

Por detrás de las montañas que se alzan al este, surge un fino haz de luz blanca que va clareando lentamente las cimas de las montañas. Mugen las vacas, y en el pueblo todo comienza a animarse.

La madre está arrodillada a los pies de la cama de su hijo y lo contempla ensimismada.

La cabecita del niño se ha deslizado junto a la almohada, tiene el cuello muy fino y pálidas las facciones. El niño ni respira. Casi no se distingue su carita en la penumbra. La madre no para de suspirar.

El niño sacó fuera un brazo. Era tan fino como el pulgar. La piel arrugada parecía descolgársele del hueso. La madre no apartaba sus ojos del brazo.

Luego suspiró profundamente:

—¡Ay, hijo mío!

Se estremeció. Vaciló. Dejó al niño y se levantó. La luna proyectaba su sombra sobre los juncos de la cabaña.

La madre, furiosa, se dijo: "No lo despierto. Qué más da si tenemos que morirnos de hambre. ¿Qué vamos a sacar del trabajo de un niño?"

No consigue apartar los ojos de su flaco bracito. Se sorprende de no haberse dado cuenta hasta entonces de lo flaco que estaba el crío.

"Qué más da si tenemos que morirnos de hambre."

Mordió con rabia sus largas trenzas.

Su marido gritó desde abajo:

—¿Aún no se ha despertado?

La mujer, con voz dulce y suplicante, respondió:

--¿Qué le quieres al niño? Aún no levanta un palmo. Sus huesos no resistirán, está tan delgado...

El hombre insistió malhumorado:

—Hoy tiene que despertarse. ¡Te digo que tiene que despertarse! Que trabaje, que no se haga un vago. ¡Que se haga un hombre!

La mujer susurró asustada:

—Tiene los brazos tan finos que...

Se detuvo junto al niño. Su corazón se rebelaba a la sola idea de despertar a ese crío, ligero como una pluma, y mandarlo a trabajar con ese calor crepitante.

La voz malhumorada que venía de abajo dijo:

—Despiértalo. Dale una bofetada. Hemos dado nuestra palabra a los amos. ¿Dónde van a encontrar a otro niño a estas horas?

La mujer respondió:

—Oye, marido, mi corazón no lo soporta. Es tan pequeño... ¿Es que vamos a hacernos ricos porque él trabaje?

El hombre replicó:

—Si no se acostumbra a trabajar ya...

La mujer acarició el pelo del niño y le dijo en voz baja:

—Osmán, hijo, Osmán levántate. Levántate hijo mío. Ya es de día.

El niño gimió y se dio lentamente la vuelta.

—Osmán, hijo mío, que ya está amaneciendo...

Cogió al niño de los hombros. Lo levantó con todo cuidado... Como si pudiera caerse y desmadejarse... Lo volvió a acostar.

—No se despierta, oye, no se despierta. ¿Qué quieres, que lo mate?

Bajó con ligereza del chamizo, que osciló como una cuna.

El hombre se enfureció:

—¡Vete al diablo con él! ¡No se ha despertado!

—No se despierta, oye, ¿qué quieres que haga?

El hombre saltó a la escalera hecho una furia. Subió al chamizo, agarró al niño de los brazos y lo levantó. El niño era como un lebratón que colgaba inerme de sus manos. Gritó "¡Mamá, mamá!" mientras se debatía, medio dormido aún. El hombre sacó del chamizo al niño y lo soltó a los pies de su madre, en medio del polvo del patio.

La mujer no podía apartar los ojos del niño:

—¡Dios mío, que los hijos no caigan en manos extrañas!

Lo cogió con presteza del suelo y lo estrechó contra su pecho. El niño abrió unos ojos como platos y miraba sin comprender nada. Trajo agua fría y le lavó la cara.

El niño se espabiló:

—¡Mamá!

—¡Hijo de mi alma!

—¿Me has puesto guindilla en la boca?

En aquel momento llegó el carro del amo Mustafá y se detuvo frente a la puerta.

—Osmán...

Osmán se fue corriendo y saltó al carro. Desbordaba de alegría y se puso a cantar.

La madre confió en un aparte a Zeynep, que trabajaba a jornal en casa del amo Mustafá:

—Te lo suplico, Zeynep, cuida de Osmán, es tan niño... Está en los huesos...

—No te preocupes, hermana, que ya me ocuparé yo de que no le pase nada malo.

Llegaron a los campos de labor. Aún no había salido el sol. Las gavillas, todavía húmedas del rocío, permanecían alineadas al pie de la cosechadora. Olor a hierba y a trigo húmedo. Engancharon el caballo a la narria y comenzaron a cargar las gavillas; en lugar de un par de caballos, sólo uno tiraba de la narria. Osmán sujeta de la cabeza al caballo; nada más llenarse la narria, raudo como un pajarillo va y viene sin cesar a las eras.

Los que cargan la narria bromean con Osmán.

—¿Qué tal Osmán?

--¡Bravo, Osmán!

Osmán está contento...

De improviso, el sol salió tras de las montañas como una bola de fuego muy roja... De las gavillas y los tallos de trigo comienza a elevarse, lentamente, una ligera bruma casi imperceptible. En el cielo comienzan a formarse, poco a poco, unas nubecillas blancas.

Osmán no para de ir y venir entre las eras y las gavilladoras. Está pletórico y lleno de vida.

Zeynep, cada dos por tres, dice, acariciando a Osmán:

—¡Hala Osmán! ¡Estás hecho un león!

El sol se alza por encima de la cumbre. La claridad inunda el horizonte. Los tallos del trigo y las gavillas relucen con el sol. Los rayos de luz parecen apagarse, girar y revolotear de uno en uno, a miles, a cientos de miles. De los rostros de las gavilladoras, cubiertos de polvo, chorrean surcos de sudor. Todo arde alrededor.

Osmán está más moreno, su rostro aún parece más afilado, y apenas sí se distinguen sus grandes ojos, casi cerrados... Tiene la camisa empapada de sudor...

Qué queda del ímpetu de la mañana... Ahora Osmán va dando traspiés al caminar. En cualquier momento puede caerse bajo las pezuñas del caballo... Osmán trata de mantenerse en pie.

El suelo parece hierro candente. Cada vez que apoya el pie, da un respingo. Así que su manera de andar es un poco rara.

Mientras llega la narria, las gavilladoras se tumban a descansar a pleno sol sobre las gavillas.

Osmán no para de mirar al cielo... Una nubecilla... A veces pasa, fugaz, la sombra de una nube blanca... Los ojos se le van detrás de la sombra de la nube...

El sol en la cumbre... Crujen las espigas. La tierra, agrietada y ardiente, bajo los pies de Osmán... que brinca sin cesar.

Osmán trata de aguantar. Fuego por abajo; fuego por arriba. Como si le hundieran un hierro al rojo en los pulmones...

Calor... Todo deslumbra... Los ojos no distinguen nada a diez metros.

Zeynep se volvió desde lo alto de las gavillas y miró a Osmán. Se dio cuenta de que le fallaban las piernas.

—Osmán —le dijo—, Osmán, Osmán, hijo, no sigas yendo y viniendo a pie, voy a subirte al caballo.

Lo levantó y lo subió a lomos del caballo, pero no se le paró el temblor de las piernas. Iba y venía montado en el caballo. Zeynep ataba las gavillas a lo lejos. Osmán saltó del caballo y fue a pie hasta donde estaba Zeynep.

—¿Por qué has dejado solo al caballo, Osmán? ¿Y si se escapa?

Osmán se acercó y le cogió la mano:

—Mira, tía Zeynep —le dijo—, cuando sea mayor te compraré unos pendientes de oro.

Y se volvió corriendo junto al caballo.

El calor era asfixiante. El aire estaba detenido, no había ni un soplo de viento. Aunque iba a caballo, a Osmán le dolían las piernas, ya ni las sentía. En cualquier momento, puede caerse. No distingue nada a su alrededor. Osmán no guía al caballo, es el propio caballo el que va y viene.

Entre tanto llegó el descanso del mediodía. Comer bajo el sol... El agua estaba templada, como si fuera sangre. Todas las súplicas de Zeynep no lograron que Osmán probara bocado. Estuvo todo el tiempo bebiendo agua.

A Zeynep se le ocurrió echarle un cubo de agua por la cabeza, y el niño pareció recuperarse.

Cuando se levantaron para volver al trabajo, Zeynep le dijo:

—Osmán, hijo, no te levantes, que otro lleve el caballo.

—No, tía Zeynep, yo lo llevaré, no estoy nada cansado.

Cuando le quitaron el caballo de las manos, Osmán se sentó sollozando:

—No estoy cansado, lo juro que no estoy cansado.

Entonces intervino una vieja:

—Subid a ese al caballo... y que se caiga bajo sus patas y haga pedazos al mocoso.

Osmán replicó:

—¡Lo juro que no me caigo, de verdad que no me caigo! ¡No estoy cansado!

Lo subieron y a las tres vueltas empezó a marearse. Está aguantando.

Pero llegó un momento en que se quedó tumbado sobre el lomo del caballo, agarrándose a sus crines. Zeynep se dio cuenta de lo que ocurría y cogió a Osmán de lo alto del caballo. Osmán había perdido el conocimiento. Lo llevó hasta donde las gavillas y lo acostó:

—Hijo —le decía—, hijo, qué testarudo eres...

Después Zeynep volvió a traer agua y se la arrojó sobre la cabeza. Como estaban a pleno sol, le hizo sombra con su propio cuerpo. Osmán volvió en sí al cabo de un rato. Hasta que llegó la hora de irse, estuvo contemplando las labores con los ojos vacíos, acurrucado como una bola en la gavilla en que lo había dejado Zeynep. Se sentía tan avergonzado, que era incapaz de levantar la vista del suelo.

Al terminar la faena, Zeynep cogió a Osmán de la mano y lo subió al carro. Osmán parecía un saquito de patatas.

—Osmán, hijo, hoy has trabajado mucho. El amo Mustafá te dará tu paga y más...

Osmán, confundido, preguntó:

—¿Dices que va a pagarme?

—Has trabajado mucho.

Osmán pareció animarse.

Toda la familia está reunida afuera, comiendo frente a la puerta de la casa. Al otro lado hay un carro con los caballos enganchados. Tienen la cabeza hundida entre la hierba fresca, y se escucha un runrún, como si la estuvieran devorando. El olor a hierba fresca lo invade todo.

Está haciéndose de noche. Osmán está donde los caballos. Está ahí plantado, desde que han regresado de los campos. Impaciente, con la mirada fija en los comensales. Pero los comensales no han reparado en Osmán.

Osmán está esperando. Al final, ya no puede más y tose. Osmán no para ni un momento. Coge una rama del suelo y la rompe para hacer ruido. Los comensales ni se enteran. Luego con la rama partida comienza a trazar líneas y círculos en el suelo. Se pone a raspar el suelo con la rama con toda su fuerza. El ruido del fuerte roce del palo en la tierra... Osmán no consigue lo que se proponía. Los comensales están hablando y bromeando. Osmán se impacienta. Sigue raspando el suelo con la rama. Borra las rayas con el pie. Con la punta de la rama en el suelo... Osmán empieza a correr dando vueltas en torno al palo. Luego se olvida de los comensales y se abstrae en sus juegos. Dibuja, dibuja y luego lo borra.

De repente se oye un grito... Se le ha caído la rama que tenía en la mano. Se ha quedado paralizado.

Querría dejarlo todo y escaparse, pero no puede.

La mujer del amo Mustafá, sorprendida, exclama:

—¡Dios mío! ¡Osmán! Pero si es Osmán... ¡Ven, Osmán!

Osmán no se mueve del sitio.

—¡Ven Osmán, hijo, siéntate a comer!

Osmán permanece indiferente, sin responder.

—¿Te ha enviado tu madre?

Osmán permanece con la cabeza gacha, mirando al suelo.

—Pero estás bobo o qué, ¿por qué no te has ido a tu casa al volver del campo? Ahora tu madre te estará buscando, estará inquieta.

Se inclinó hacia su marido y le dijo algo. Los comensales se rieron.

Osmán en lo único que piensa es en escaparse, lo piensa pero es como si estuviera clavado en el suelo.

El amo Mustafá dijo:

—Pero, bueno, si me he olvidado de darle a Osmán su paga...

Sacó el monedero y le ofreció una moneda de veinticinco. Osmán agarró la moneda en un abrir y cerrar de ojos. Soltó un "Con Diooos" y se largó.

Volvió corriendo a su casa y, casi sin aliento, se arrojó en brazos de su madre:

—¡Toma!... —le dijo.

La madre se pasó tres veces la moneda de veinticinco en torno a la cabeza y luego se la llevó a los labios.